



Lola

Patricia Sutherland



Resumen

Porque, a veces, el amor llega cuando menos te lo esperas...

Andy y Conor pudieron ser más que amigos, pero cuando se presentó la oportunidad de tener un primer encuentro romántico, el motero escogió hacerle un favor a un colega en vez de acudir a la cita. Para la camarera, que llevaba meses suspirando por él y estaba convencida de que el interés era mutuo, supuso un gran desengaño amoroso ante el cuál reaccionó de forma contundente. Con tan solo veintidós años, es el único sostén de la familia y decide que su vida es ya bastante complicada sin necesidad de involucrarse con alguien que no parece aclararse con sus propios sentimientos.

Pero un día que el bar está de fiesta, los ánimos se caldean. Corre el alcohol, una cosa lleva a la otra y Andy pasa de mantener una violenta pelea con Conor a enredarse en una noche de sexo...

Con otro motero.

Y mientras su amante secreto inicia un vertiginoso ascenso hacia el tope de su lista de hombres favoritos y Conor sigue más empeñado que nunca en recuperar el terreno perdido con ella, un suceso dramático está a punto de cambiar la vida de Andy para siempre.

Lola es la tercera entrega de *Moteros*, una serie romántica contemporánea ambientada en la capital inglesa a finales de la primera década del 2000.

Si te gustan las historias muy románticas pero a la vez muy sensuales, con personajes carismáticos y un final feliz, te va a encantar esta nueva inmersión de Patricia Sutherland en el excitante mundo del amor y las relaciones de pareja.

Lunes 24 de agosto de 2009.

Bar The MidWay.

Hounslow, Londres.

Era lunes, pero a los efectos, bien podría haber sido la *happy hour* de un viernes o un sábado. En aquel emblemático reducto motero situado al sudoeste de Londres todos los días se parecían mucho. Desde que Dakota se hiciera cargo del pub de su padre cuando este enfermó y lo reconvirtiera en un bar de moteros, la popularidad del MidWay no había dejado de crecer entre los aficionados a las motocicletas Harley Davidson. Su posterior sociedad con su mejor amigo, Evel, había traído la inyección de capital necesaria para expandir el negocio. Con las paredes pintadas de los colores oficiales de la conocida marca de motos y decoradas con los emblemas de los distintos clubes de moteros de la ciudad, balizas señalizando los lugares importantes como la barra o el camino a los lavabos y una reproducción a tamaño real de Princesa, la Harley Davidson roja de Dakota, flanqueando la entrada principal al bar, el MidWay se había convertido en menos de un año en el lugar de referencia para los amantes de las Harley Davidson. Además, ofrecía una amplia selección de cervezas de importación, apetitosos tentempiés, música en vivo varios días a la semana y la simpatía de la única mujer tras la barra del MidWay, Andy Avery, que en aquel momento ignoró la mirada golosa que le estaba obsequiando Conor, el motero de las rastas multicolores, y respondió al móvil, sosteniendo el aparato con el hombro, mientras servía una comanda.

Antes de escuchar la primera palabra, ya sospechaba para qué la llamaba su querido hermano.

—¿Has acabado de estudiar? —le dijo a modo de saludo.

—No. Por eso te llamaba. La madre de Jonas me ha invitado a quedarme a dormir en su casa, así cuando acabemos de cenar, podemos seguir estudiando un rato más.

Ya se conocía la historia. Empezaba con una supuesta invitación a cenar y acababa con ella yéndolo a recoger de un umbral de mala muerte donde se había quedado tirado, durmiendo la borrachera.

Andy torció el gesto, algo de lo que solo se dio cuenta al notar que Conor Finley, que estaba en su taburete más atento a ella que a su cerveza, se reía.

—Pues que me lo diga la madre de Jonas —respondió Andy, ignorando las risas del motero.

Acto seguido cortó la llamada y volvió a guardar el móvil en sus vaqueros.

—Menos risas —le advirtió mientras pasaba frente a él en dirección al otro extremo de la barra.

Él le respondió con un guiño y esperó a que regresara. Entonces, volvió a intentarlo.

—Ayer no me llamaste, así que tu cita debe haber ido bien... —dejó caer mientras la miraba con picardía. La vio sonreír, una sonrisa ligera y corta, que sin embargo tuvo un efecto estimulante en su ánimo.

El día anterior, Conor se le había aparecido mientras ella tomaba algo en una cafetería próxima a Piccadilly Circus donde había quedado con Tina, su mejor amiga. Había aprovechado los únicos diez minutos que se había quedado completamente sola para desplegar todo su glamour, y lo había hecho tan pero tan bien, que había conseguido recuperar parte de su interés. Una mínima parte y muy a regañadientes, pero más que un buen resultado para tan solo diez minutos.

—Si estabas por los alrededores como dijiste, sabes que no era una cita —dejó caer ella a su vez, y volvió a alejarse a atender a otro cliente.

Una gran sonrisa dominó el rostro del presidente del club de moteros con sede en el MidWay. No había conseguido dar con el cabrón del irlandés en todo el puñetero fin de semana, pero lo que había conseguido lo compensaba todo. La sola idea de haber logrado abrir una brecha en el iceberg que los separaba desde el asunto de Barcelona, lo hacía sentir en la gloria. Sabía que no había sido una cita. Se había tirado más de una hora dando gracias al cielo después de ver que se trataba de una amiga -en femenino-, a la que, por cierto, ya conocía. La había visto alguna vez en el MidWay.

Conor permaneció atento al ir y venir de la camarera detrás de la barra. Ahora que podía mirarla a placer sin que ella buscara cualquier excusa para ignorarlo, o peor aún, montara en cólera, no escatimaba miradas.

Andy era única. Diferente. Sus rasgos, sus gestos, su apariencia en general tenían la delicadeza propia del sexo femenino pero, al mismo tiempo, sus músculos más desarrollados de lo habitual gracias al entrenamiento físico, le daban un aire inusual en una mujer, una especie de fortaleza muy masculina. Siempre iba maquillada, llevaba el pelo a la última moda -corto, al estilo *pixie* y teñido de un caoba intenso- y tacones muy altos para compensar su escasa estatura, pero no era amiga de los escotes ni de los ceñidos. Hoy, sin ir más lejos, vestía una camiseta blanca de mangas y tiro corto. Acababa justo donde empezaba el vaquero y si estabas muy atento, quizás pescaras un vistazo fugaz de su abdomen de tableta bien marcada o del ombligo con según qué movimientos. Dicho fuera de paso, él, de momento, no había conseguido pescar nada. Mostraba lo justo. Tanto era así que había sido en las playas de Barcelona que Conor había descubierto que Andy tenía un hada tatuada en el omóplato derecho, próximo al hombro.

No había un solo cliente del MidWay a quien no le gustara la camarera. Sus modos desenfadados se llevaban de calle a todo el mundo. Y a Conor, en particular, lo volvían loco. Se le iban los ojos tras ella sin poder evitarlo. Ninguna mujer le había gustado tanto y de forma tan instantánea como Andy. Bueno, aparte de Nikki, su ex. Pero esa historia estaba muerta y enterrada.

Aquella tarde, una pareja de bailarines de salsa era la encargada de amenizarle las cervezas a los moteros. Cuando Dakota se lo comentó al llegar, pensó que estaba de broma. ¿Qué pintaba una pareja caribeña en un bar de moteros? Él se había encogido de hombros y le había respondido, con cierto desdén, “ideas de tu jefe”. Una hora más tarde, ya no tenía dudas de que, como casi todas las ideas de Evel, estaba funcionando de maravilla. Los moteros se lo estaban pasando fenomenal mientras la pareja bailaba, y se apuntaban sin remilgos a intentarlo cuando les llegaba el turno de bailar. Él mismo se lo estaba pensando. Andy no tenía que pensárselo, dedujo al ver cómo el mulato la tomaba por la cintura y empezaba a guiarla por la improvisada pista de baile. La demostración duró poco, ya que ella tenía que seguir trabajando, pero lo había hecho muy bien y los moteros la aplaudieron. Conor esperó a que se acercara para hacerlo. Cualquier motivo valía para intentar acaparar su atención, aunque fuera un minuto. Así de desesperado estaba.

—¡Bravo! No sabía que bailaras salsa tan bien... —aparte de aquel esbozo de sonrisa a modo de agradecimiento, ella siguió a lo que estaba sin hacer comentarios. Conor prosiguió—: Y digo yo, si el sábado te invito al *Cuban*¹... —No concluyó la frase.

Los vivaces ojos de la camarera abandonaron las copas que colgaba boca abajo en sus sujetiones y lo miraron. Si la invitara, ¿qué? ¿Qué era aquello? ¿Estaba ligando o haciendo una encuesta?

—¿Si me invitaras...? —Lo azuzó ella para que acabara la bendita frase de una vez, y así poder responder.

—¿Acertaría? —Y al ver que ella fruncía el ceño, se apresuró a añadir—. Quiero decir, ¿te apuntarías?

Definitivamente, él se las arreglaba fenomenalmente bien para desencantarla con sus memeces. Y no era que, en algún momento, hubiera considerado seriamente la posibilidad de darle esa nueva oportunidad que él tanto cacareaba, pero a lo que sí estaba dispuesta -encantada, además- era a ver

cómo lo intentaba. Después de su metedura de pata barcelonesa, quería verlo morder el polvo. Eso, como muy mínimo. Y ahora... ¿Era así como pensaba ganarse esa oportunidad? ¿Jugando al “quiero pero no sé si me animo”? De pronto, tenía la sensación de estar lidiando con otro adolescente en la edad del pavo. Como su hermano.

—No —respondió Andy, sin más.

En aquel momento su móvil empezó a sonar. Era Danny otra vez. Lo atendió.

—Ya te he dicho lo que había. No seas pesado, que ya sabes que no aguanto a los pesados —su mirada regresó al motero, que captó la indirecta al instante.

—*Que sí. Te paso a la madre de Jonas, no cortes* —respondió el chico.

Andy se apartó y continuó hablando por el móvil. Pronto, la conversación llegó a su fin y ella volvió a alejarse. Continuó trabajando como si Conor no estuviera allí. De hecho, el presidente de los MidWay Riders tuvo que pedirle la siguiente cerveza a Dakota, ya que ella no volvió a acercarse por su sector.

Conor maldijo para sus adentros. “¿Acertaría? Quiero decir, ¿te apuntarías?”, repitió mentalmente con sorna.

No era más gilipollas porque no tenía tiempo.

¹ The Cuban: restaurante y cocktail bar que abre todos los días de la semana, situado en Camden. Es famoso por sus actuaciones en vivo y sus clases de danza in situ.

El MidWay estaba tan lleno que había moteros en la calle cuando Dylan llegó, apenas pasadas las cinco y media. Todas las plazas disponibles estaban ocupadas y se vio obligado a dejar su monovolumen en la calle de atrás y regresar andando. Con la resaca que todavía duraba, cada paso que daba retumbaba en el centro de su cráneo amplificando el dolor de manera irritante. Quizás hubiera debido irse a casa, porque eso de entrar al bar con las gafas de sol que no se había quitado en todo el día, acarrearía comentarios y no estaba de humor. Pero después de haberse pasado toda la mañana y una parte de la tarde, pegado a la pantalla, programando con semejante dolor de cabeza, necesitaba un respiro. Distraerse. Seguro que un rato distendido mejoraba la situación. Quizás, con suerte, hasta la jaqueca decidiera largarse y dejarlo en paz.

Se limitó a saludar con un gesto de la mano a los colegas que conversaban en la calle, sin detenerse, y fue cuando se disponía a entrar que vio el cartel junto a la maqueta reproducción de Princesa, la moto del dueño del bar, flaqueando la entrada principal del bar. ¿Bailarines de Salsa?, pensó. Evel, porque tan seguro como de que llevaba gafas que la idea había sido suya, decía que su padre era un as de los negocios, pero él no se quedaba atrás. La mitad de los clientes del bar se apuntarían a la velada de buen grado porque eran de los que se apuntaban a un bombardeo, y la otra mitad lo haría solo por ver a la “caribeña” moviendo el pandero con esos trajes ceñidos y súper diminutos que se ponían los bailarines. La cosa prometía, pensó animado mientras se abría paso entre la multitud de espaldas negras hacia la barra, saludando a los conocidos que se encontraba por el camino.

Andy, que pasó rápidamente frente a él portando dos pintas en cada mano, se detuvo un momento y se volvió a mirarlo como quien intenta confirmar que ha visto lo que cree haber visto.

Conor no estaba por ningún lado (¿se habría marchado?), pero quien sí estaba allí era Dylan. Con gafas de sol.

—¿Estás de incógnito, calvorotas?

Él, como siempre, le siguió el juego. Se llevó el índice a la boca.

—*Shhhh...* A ver si fastidias mi tapadera.

Andy soltó una carcajada. El irlandés ya era todo un personaje con su calva lustrosa y su piel cubierta de tatuajes sin necesidad de ponerse unas gafas de sol espejadas que, para peor, tenían la montura de color blanco. Todo él era un gran cartel luminoso.

—¿Estás en la primera fase de tu resaca, no? Tranquilo, que ahora mismo te pongo un Berocca¹ y un barril de agua —como siempre las últimas palabras quedaron flotando en el aire mientras Andy se alejaba con las cuatro pintas de cerveza.

¿Un Berocca?, pensó Dylan al tiempo se llevaba la mano a la frente. Mejor el envase entero, diluido en el barril. Joder, qué dolor de coco.

¹ Compuesto de vitaminas y minerales para mejorar el rendimiento intelectual comercializado por los Laboratorios Bayer en forma de pastillas efervescentes, cuyo uso es muy popular en Reino Unido para aliviar los síntomas de la resaca.

A Evel y Abby les tomó un buen rato alcanzar la barra. El local estaba lleno y además habían llegado en medio de la actuación de los bailarines. Dakota los había perdido de vista mientras atravesaban la marea de gente y luego, quien se había perdido había sido él al ir a reponer gaseosas con la ayuda de uno de los camareros de apoyo. Andy fue la primera en verlos cuando, al fin, Evel elevó el ala del mostrador que permitía el acceso al interior y se apartó, caballerosamente, para dejar pasar a su chica. La sonrisa de agradecimiento que le dedicó Abby fue tal, que Andy dejó de hacer lo que estaba haciendo y prestó atención. No era solo aquel gesto amable que no resultaba nada inusual en alguien intrínsecamente gentil como Evel, era todo; las miradas, el lenguaje corporal, ese halo de romance en su punto álgido que conseguía teñirlo todo de rosa, estuvieras enamorada o no. A medio camino entre ambos extremos de la barra, los vio avanzar tomados de la mano, intercambiando miradas cómplices. Demasiado cómplices. Fue entonces, cuando Evel liberó la mano de su chica y ella se apartó el cabello de los hombros...

Y aquel delicado pedrusco relució en el dedo anular de la mano más importante de una mujer, que la ficha cayó en su sitio.

Andy abrió la boca de puro asombro.

—¿Eso es lo que creo que es? —Y para cuando lo dijo, ya estaba junto a ellos, inspeccionando minuciosamente la mano de Abby.

Otro intercambio de miradas cómplices que la camarera no vio porque seguía admirando aquel pedrusco con pinta de caro-carísimo.

—Lo es —respondió Evel, intrigante.

Abby echó a reír cuando Andy alzó la vista, cada vez más asombrada y exclamó:

—¡Jefe, ¿y lo dices como si tal cosa?! ¡¡¡¿Os habéis comprometido?!!!

La emoción había hecho que Andy alzara la voz y la conversación que hasta el momento era privada, empezó a llamar la atención de los clientes más próximos y de Dylan, que conversaba con Ike y dejó su frase a medias, interesado por saber de qué iba todo aquello que le sonaba a locura.

—A ver, a ver... ¿de qué va toda esta historia? —se interesó.

Por supuesto, Ike también se acercó más al mostrador.

Evel soltó una carcajada al ver al irlandés con sus gafas de montura blanca.

—¿Qué haces con esas gafas, colega?

—¡Se han comprometido! —explicó Andy, hecha unas castañuelas, al tiempo que tomaba a Abby por la muñeca y agitaba su mano, mostrando el pedrusco. La dueña del anillo lagrimeaba de tanto reír y poco a poco, la gente empezaba a darse cuenta de que la novedad estaba en un lugar distinto que el mini-escenario donde una pareja de mulatos movía el esqueleto.

—Bah, ni Evel está tan loco para hacer algo así —apuntó Dylan con un gesto displicente de la mano—. Y suponiendo que lo estuviera, cosa que dudo mucho, ¿cuándo? Con lo desesperado que estaba el amigo, seguro que no le dio tiempo entre polvo y polvo.

El rostro del motero de la cresta perdió la sonrisa.

—Ya estamos —se quejó Evel, meneando la cabeza—. Eres especialista en decir burradas, colega. Lo tuyo no tiene remedio.

—Pues fíjate que sí; le dio tiempo —terció Abby, que rodeó la cintura de Evel amorosamente con un brazo, devolviendo una sonrisa a su rostro.

Dylan se quitó las gafas. Sus ojos color cielo (a media asta, eso sí) fijaron su atención en la pareja de tortolitos.

—¿Va en serio? —preguntó dirigiéndose a Evel, como si no hubiera sido Abby quien lo hubiera dicho.

Lo vio asentir enfáticamente con una sonrisa que dejaba claro que el tiempo no había sido ningún problema. Andy hizo el gesto de batir palmas, exultante. Ike ya había empezado a reír y varios moteros que estaban cerca y conocían a la pareja, habían empezado a murmurar.

Pero Dylan necesitaba una corroboración. Aquello le parecía muy fuerte, incluso tratándose de un tipo de reacciones inesperadas como Evel.

—¿Te has comprometido? —insistió, cada vez más asombrado.

Evel se acercó a Dylan.

—Me he casado —respondió. Y para entonces, la barra era pura algarabía. Tiró de Abby hasta que la tuvo pegada a él. Entonces, volvió a mirar a Dylan que tenía la boca abierta y remató la faena—. Me he casado con esta mujer preciosa.

—¿Qué has hecho *qué?* —exclamó Dakota, asomando la cabeza entre Andy y uno de los camareros, tan alucinado como los demás.

Evel y Abby intercambiaron miradas pícaras. Entonces, el motero hizo señas a los músicos para que le acercaran un micrófono y cuando lo tuvo...

—Colegas, os informo que hay un motero soltero menos en el club porque tachán, tachán... ¡Me he casado! ¡Yihaaaaaaaaaaaa! ¡Venga, que corra esa cerveza, que a la próxima ronda invita la casa!— gritó a voz en cuello.

Y con esas, le plantó un beso de tornillo a su flamante esposa.

La cerveza había corrido a discreción. Excepto por Dylan, que seguía a base de batidos de Berocca, hasta Andy se había sumado a la celebración. La gente continuaba llegando, probablemente porque la noticia del casamiento de un miembro ilustre del club de moteros y la promesa de una copa a cuenta de la casa, habían actuado como un estímulo extra. La alegría que se respiraba en el lugar, la música apetecible y el carisma y simpatía de la pareja caribeña, que incluso había sacado a los novios a bailar, el alcohol que normalmente corría generoso en el MidWay y aquella tarde aún más... Todo había contribuido a crear un ambiente especial que Andy no recordaba haber visto desde que trabajaba allí. Además, en lo personal, la historia de su jefe con Abby le parecía muy dulce, casi un cuento de hadas. Se sentía extrañamente esperanzada, como si, de pronto, encontrar a su esquiwa media naranja no le pareciera algo tan quimérico, tan imposible.

—Perdona, guapa, ¿tienes aguante para tanta cerveza? Por si no te has dado cuenta, esta es la segunda pinta que te sirves.

—Tranquilo, calvorotas. Soy un chica fuerte. Dos cervezas no me van a matar.

Andy alzó la vista del grifo de cerveza y miró al irlandés que se había puesto las gafas de diadema. Entonces, él supo con un noventa y nueve por ciento de certeza que no, no tenía aguante para tanta cerveza. Los vivaces ojos de la camarera mostraban el brillo típico de alguien que se ha puesto “alegre” y demás estaba decir que porque conocía perfectamente el proceso, sabía qué vendría después.

—Ya estás achispada —y por si tenía alguna duda, su sonrisa feliz y despreocupada, esa con la que lo miraba mientras apoyada contra el mostrador, daba sorbitos a su jarra, las eliminó en un santiamén—. Lo siguiente, será que te pidan una pinta y no consigas atinar con el chorro dentro de la jarra —Andy hizo un mohín gracioso y empezó a desternillarse ella sola. Dylan meneó la cabeza. Aquello tenía toda la pinta de acabar en un pedo histórico—. Que sepas que después de eso hay dos alternativas: o te quedas dormida abrazada al grifo de cerveza, o te pones a bailar desnuda sobre la barra. Si tengo que elegir, prefiero el baile, por supuesto —la vio doblarse literalmente de la risa y pringarse de cerveza—, pero ya está, yo ya he tranquilizado mi conciencia advirtiéndote de que las cosas se van a poner *muuuuy* feas. Ahora, haz lo que quieras.

Dylan se puso de pie. Andy llevaba varios meses trabajando en el MidWay y jamás la había visto beber alcohol. Zumos o bebidas isotónicas, sí. Estaba constantemente “hidratándose” (así lo llamaba). Le resultaba divertido verla así, no solo por lo inusual, también porque parecía feliz.

—Voy al baño —anunció—. Si vas a subirme a la barra, espera a que vuelva, ¿vale?

—¡Pero quéééééé exageraaaaaaado eeeeeeres, calvorotas! —replicó ella, gritando a voz en cuello. Algo de lo que, evidentemente, no se daba cuenta.

Dylan se alejó partiéndose de risa.

Menudo pedo se estaba cogiendo la pelirroja.

Tanto jolgorio también tenía su lado malo. Normalmente, cuando Dylan hacía uso de los retretes en el MidWay estaba tan bebido como el que más y su capacidad para reparar en detalles era equivalente a cero. Hoy, en cambio, iba a palo seco y no tenía claro si reír o llorar ante la visión. Había un tumulto de tíos atestando el servicio de caballeros, muchos de los cuales estaban usando la pila de lavarse las manos a modo de urinario, no sabía si por fuerza de la necesidad o por borrachera pura y dura. Para peor, los sonidos provenientes de algunos cubiles, indicaban que las vomitonas todavía continuarían. Solo faltaba él, haciéndoselo encima, para completar uno de los cuadros más delirantes que recordaba haber visto estando sobrio.

Ni corto ni perezoso, Dylan se encaminó al baño de señoras. Aquella tarde, los clientes hombres eran mayoría, así que con un poco de suerte estaría más despejado. Así fue, y excepto por las miradas de desconfianza de las moteras que se retocaban el maquillaje frente al espejo, la cosa fue más o menos rápido.

Salía secándose las manos en una toalla de papel y no lo vio venir. Cuando quiso darse cuenta, un empujón lo hizo rebotar con la pared del estrecho pasillo que comunicaba la zona de lavabos con la puerta interior del bar. Sus gafas de sol, las que llevaba de diadema, salieron despedidas y se dio cuenta de que quien lo estaba empujando (porque continuaba haciéndolo) era Conor. O alguien muy parecido a él. Y muy borracho.

—¡Anda, hombre, pero mira qué bien! ¡Al fin te encuentro, cabrón!

Dylan detuvo las manos que seguían empujándolo contra la pared cada vez que intentaba apartarse de ella.

—Tío, esto no tiene ni puta gracia. Apártate, haz el favor.

Conor volvió a empujarlo, desafiante, pendenciero, y cuando Dylan se inclinó a recoger las gafas, las envió hacia el extremo opuesto de un puntapié. El sonido de cristales rotos hizo hervir la sangre

del irlandés, a pesar de lo cual, siguió intentándolo por la vía pacífica. Conor era un crío, un adolescente mental que toleraba fatal la bebida, pero no era mal tipo. Además, ni siquiera sobrio estarían en igualdad de condiciones; Dylan podía tumbarlo de un solo puñetazo sin esfuerzos, pero no deseaba hacerle daño.

—Te estás pasando, chaval. Deja de buscarme, porque me vas a encontrar y hoy no estoy de humor para tus memeces. Ahí fuera están celebrando, lo último que les hace falta es acabar la noche con una trifulca, ¿vale? Déjalo ya, Conor.

—¿Que yo me estoy pasando? ¿Y tú qué, cabrón? Venga darme consejos sentimentales, que si cambia de estrategia, que si la estás enojando... —seguía empujándolo y hablaba cada vez más fuerte y más enfadado. Partículas de su saliva impactaron contra el rostro del irlandés que, a pesar de estar acelerándose, se limitaba a parar los empujones y a limpiarse la saliva—. Que si “fuera tú la dejaría a su aire un par de meses”... ¡Y mientras tanto, tú te la beneficiabas a mis espaldas...! ¡Un cabrón, eso es lo que eres!

Dylan detuvo sus manos una vez más.

—¿De qué coño hablas? Yo no me estoy beneficiando a nadie, tío, y si lo hiciera tampoco sería de tu incumbencia. ¿Qué bicho te ha picado? ¡Joder, no sé para qué bebes, si no sabes! —Esta vez detuvo sus manos y lo empujó para quitárselo de encima, consciente de que empezaba a calentarse y de que la cosa no acabaría bien.

Conor volvió a la carga.

—¡Hablo de Andy, tío! El viernes te vi —Dylan frunció el ceño. ¿Lo había visto dónde?—. Estuve llamándote todo el jodido fin de semana y no atendías ni devolvías llamadas. Me esquivabas, porque claro, ¿qué excusa me ibas a dar, no? Por eso me presenté en tu casa y no fuiste capaz de dar la cara. Me mandaste a la mierda ¡Y NO ME ABRISTE LA PUERTA! —lo acusó, al tiempo que le golpeaba el pecho con un dedo enfatizando cada palabra.

Dylan apartó el dedo de malos modos.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando, Conor. Estaba de juerga, pasándolo bien. Y si no te atendí es porque eres un pelmazo. Un ñoño que sobrio no sabe dónde tiene el ombligo y cuando se pone en pedo es insufrible. Por eso no te atendí. Vete a dormir la mona, chaval. Y déjame en paz de una puta vez.

Y con esas dio un paso al costado para rodear a Conor y largarse, pero él volvió a impedirselo. Esta vez, lo tomó por el cuello de la camiseta y lo devolvió a su sitio de manera violenta.

—¡Te estás cepillando a Andy, tío, a mi no me la das con queso! ¡Te vi saliendo de su casa el viernes y conociéndote, es como sumar dos y dos!

—¡Suéltame ya! —escupió Dylan más cabreado que un babuino.

Y la cosa habría ido a más, pero alguien intervino, y lo hizo de forma inesperada y drástica.

Conor se giró cuando una mano lo tomó violentamente por un brazo. Los dos hombres se mostraron sorprendidos al ver que se trataba de Andy. No de Andy la camarera, sino de Andy la boxeadora. Su cuerpo había tomado la postura de combate, con los puños en guardia, protegiendo su rostro, y una mirada que nada tenía que ver con la chica “achispada” que hacía apenas un rato celebraba en la barra junto con los demás clientes.

Al motero de las rastas no le dio tiempo a decir nada; un puñetazo se estrelló contra su estomago, haciéndolo trastabillar.

—¿Quién me cepilla, imbécil? Y además, ¿qué, ahora te dedicas a espiarme? ¡¡¡No vuelvas a hablarme en la vida, gilipollas!!!

El segundo puñetazo también lo habría tomado por sorpresa. Conor estaba en shock. Un poco por la borrachera, un poco por la sorpresa de ver a alguien por quien suspiraba en plan beligerante con él y otro poco porque le había dado fuerte. Andy no era de las que se quedaban al margen cuando había

trifulcas en el bar, pero nadie en el MidWay estaba al tanto de se le diera tan bien dar golpes de los de verdad. Lo habría tomado totalmente por sorpresa y habría conseguido hacer blanco otra vez, pero Dylan, que también estaba súper sorprendido, seguía intentando evitar que la sangre llegara al río y se estropeará la celebración de Evel y su chica. Intervino desviando el golpe con su brazo. Pero Andy siempre golpeaba en seguidilla, tal como lo hacía en clase de kickboxing, y el segundo puñetazo encontró el rostro del irlandés en su trayectoria y se estrelló contra su pómulo izquierdo.

Andy lanzó un grito de dolor. Se dobló agarrándose el puño. Dylan soltó una retahíla de exabruptos cuando el cimbronazo irradió del pómulo al resto de la cara y de allí, como un eco, a su resacosa cabeza. Para ponerle la guinda al pastel, Conor perdió el equilibrio gracias a un rodillazo que la camarera logró asestarle en el último segundo, y acabó por los suelos.

Los intentos de Dylan de evitar que la discusión fuera noticia más allá del área de lavabos fracasaron estrepitosamente cuando instantes después, el barullo alarmó a sus ocupantes que salieron en tropel a ver qué pasaba. Y como solía suceder siempre que había una gresca, no faltó quien interpretó la escena de manera equivocada y al grito de “¡cabrones hijos de puta!” salió en defensa de la que estaba en minoría; Andy. Entonces, alguien gritó “¡cállate, zorra, que la que estaba repartiendo hostias era la tía!”, se formaron dos bandos, los insultos subieron de nivel y empezaron los empujones... Al final, todos participaban en el reparto de puñetazos, incluso Dylan, para evitar recibirlos.

—¿Pero qué coño pasa aquí?! —gritó Dakota, apartando a empujones cuerpos enredados en el toma y daca.

Un segundo después apareció en escena el recién casado, que se sumó a su socio, separando a los contrincantes. Sin embargo, Evel, mucho más metódico que Dakota, organizó rápidamente una cadena de cooperantes que, dependiendo del estado del contrincante en cuestión lo devolvía al salón o lo sacaban directamente a la calle, a que enfriara sus ánimos.

Cuando al fin llegaron al epicentro de la reyerta, los dos socios del MidWay se quedaron con la boca abierta al ver al trío causante del desastre, y más asombrados aún de que Andy fuera uno de ellos.

—Alguien quiere hacer el favor de explicarme de qué va todo esto —ladró Dakota, apartándose el cabello de su cara empapada en sudor.

—Es mi culpa, chicos... —dijo Andy. El arrepentimiento de su voz casi podía tocarse.

Dylan la miró asombrado. Sus ojos estaban inyectados en sangre y brillaban muchísimo. Durante la trifulca no había dejado de quejarse y de insultar a Conor. Daba igual a quién estuviera empujando (o zurrando). El irlandés lo sabía porque no les había perdido la pista; con un ojo seguía pendiente de ellos dos. Nunca había visto a la camarera tan rabiosa, ni a Conor tan borracho y tan cabreado. Esto era lo primero que le oía decir en un tono moderado y no se creía aquella aparente calma. Además, no era cierto que fuera su culpa. Y aunque lo fuera, que no lo era, la única que tenía algo que perder era ella.

—De eso, nada —retrucó Dylan y silenció con un gesto el intento de Andy de insistir. Ella apretó las mandíbulas y apartó la mirada—. La cosa empezó entre este y yo —señaló con un ligero movimiento de los ojos a Conor que continuaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados y cara de “estoy que muerdo”, aunque nadie perdía de vista que estaba apoyado porque apenas podía mantenerse en pie—. Fue una gilipollez y ya está. No pienso dar más explicaciones porque esto es un bar no una guardería, aunque a veces lo parezca —otra mirada al chico de las rastas—. Si hay roturas o lo que sea, me hago cargo.

—¿Guardería? Y una mierda! —empezó a quejarse el motero de las rastas.

—¡Cállate, Conor! —exigieron Dakota y Dylan al unísono.

Evel miró a su ingeniero de montaje con la recriminación pintada en la cara. No había hecho preguntas porque sabía, solo con verlo, que el culpable de aquel lío tenía que ser él. Había bebido de más y siempre que lo hacía, se ponía pesado. Además, para Andy era su trabajo y por más que resultaba evidente de que, raro en ella, también estaba algo achispada, jamás pondría en juego algo tan importante como el pan de su familia. Dylan era un pasota, bebido o sobrio. Se peleaba como el que más cuando hacía falta, pero solo si era absolutamente imprescindible y que Evel supiera, jamás había sido quien iniciara una reyerta. Hoy, además, estaba inesperadamente sobrio.

—Te vas a casa, Conor —sentenció Evel. Miró a Ike que estaba a su lado—. ¿Puedes llevarlo?

—Puedo conducir, no hace falta que me lleve nadie. Joder, que no soy un niño —se quejó el motero de las rastas, y se las arregló para apartarse de la pared y dar un par de pasos titubeantes.

Evel se acercó a él, le pasó un brazo alrededor de los hombros y se lo llevó aparte, sosteniéndolo con firmeza.

—Escucha, tío. Has tenido un mal día y no pasa nada, pero me quedaría mucho más tranquilo si dejaras la moto aquí y te fueras con Ike —buscó su mirada—. En serio.

Conor, una vez más, volvió a demostrar que era incapaz de decirle que no a Evel. Asintió a desgana.

—Gracias, tío. Vete a dormir y mañana te veo —dijo Evel, cuando Ike ya lo estaba escoltando hacia la salida.

Mientras tanto, Dakota inspeccionaba a la camarera. O mejor dicho, sus daños. De los que el irlandés, tan comedido, no podría hacerse cargo y que acabarían fastidiándolo a él.

—Que estoy bien, Dakota... —Andy intentó recuperar su mano sin éxito.

—No está rota —continuó él, refiriéndose a la falange media de su dedo índice, que había empezado a hincharse—, pero métela en hielo ya. Y no estaría de más que fueras a que te hicieran una radiografía.

Andy recuperó su mano con un gesto de dolor que intentó disimular al darse cuenta de que la estaban mirando.

—Estoy bien. No seáis pesados. Me he hecho cosas peores en el gimnasio y ni siquiera os habéis dado cuenta —al pasarse la mano por la boca, vio que sangraba—. Mierda...

Dylan la tomó por el cabello y le empujó la frente hacia atrás.

—Aguanta ahí —le dijo mientras Dakota presionaba el pañuelo que le había pasado Evel contra sus orificios nasales—, que estás sangrando.

—Otra que se va para casa —sentenció el socio capitalista del MidWay.

—¿Porque me sangra la nariz? No fastidies, jefe —se quejó Andy. Su voz gangosa hizo reír a los hombres que la asistían, lo que contribuyó a aumentar su enfado—. Joder, ¿queréis soltarme?

—Aguanta ahí —esta vez fue Dakota quien lo dijo al comprobar que todavía seguía sangrando. Miró a Dylan buscando compasión y solo halló otro “aguanta, no seas quejica”.

—Mierda —farfulló la camarera.

Evel le acarició la cabeza cariñosamente.

—Estás pedo, guapa. Y hecha un asco. Te vas a casa.

—No estoy pedo —replicó ella, haciendo pucheros—. Que no, que no y que no...

Dylan y Dakota intercambiaron miradas.

—¿Te ocupas tú o le pido un taxi? —preguntó el motero pelilargo.

—Yo me ocupo.

Dakota tomó la mano de Andy e hizo que se sujetara el pañuelo a la nariz ella misma.

—Ve a por tus cosas —le dijo.

La camarera puso los ojos en blanco, pero ninguno de los tres lo dejó estar. La empujaron suavemente hacia el salón para que hiciera lo que Dakota le había pedido.

Y Andy obedeció, pero no dejó de quejarse cada vez más enfadada.

—Si hace falta puedo coger un taxi yo solita y no hace ninguna falta porque estoy bien... Ay, qué frita me tenéis —soltó un bufido antes de desaparecer tras la puerta que comunicaba con el salón principal.

—Venga, se acabó la fiesta en los lavabos —dijo Dakota, azuzando a los curiosos que todavía quedaban por allí—. Despejad la zona, por favor.

© 2015 Patricia Sutherland.

Lola. Serie Moteros # 3

Capítulo 1.

www.jeraromance.com

Cómprala en:

[Amazon](#) | [GooglePlayStore](#) | [iBooks](#) | [Kobo](#) | [Nook \(Barnes&Noble\)](#)